

## IVIVAMOS, VIVAMOS!

Para MEFISTÓFELES

¿A qué detener en vosotros mismos una palabra bella y alta, porque os figurais que los otros no os comprenderán? Habeis dicho una palabra pura á un ser que no la ha comprendido. La crecis perdida y no volveis á pensar en ella. Pero un día, por casualidad, la palabra se muestra con transformaciones inusitadas, y pueden verse los frutos inesperados que ha producido en las tinieblas....

Vocablos de esperanza que son una invitación á amar, que suenan como salmo religioso en el alma trágicamente silenciosa de Mauricio Maeterlinck,—místico febricitante que tradujo como nadie las divinas tribulaciones, las amargas tribulaciones del espíritu incomparable de Ruysbroch...

Y otro grande hombre, un poco descreído, que pasó lo mejor de su vida, larga y laboriosa, interrogando á la historia, exclama al morir: ó la fé ciega sin tentativa de examen, ó el excepticismo absoluto si el examen descubre un error. Y entre el excepticismo enervante, que ha de llevarnos implacable á la dureza de alma, y la fé, ciega y purísima, que abraza para hacerlo suyo el objeto amado, esto último es siete veces preferible.

¿Que importa contradecirse? Lo esencial es poner gran cantidad de fé en lo que se dice. Si nada hay en la vida que tenga completas garantías de verdad, como afirmó aquel lunático filósofo de la brumosa y remota Alemania, más á nuestro favor. Y profundamente, irónicamente excépticos, pongamos nuestras creencias al servicio de aquello que ha de reportarnos verdad y belleza, siquiera sean lamentablemente relativos estos dos conceptos.

En el pequeño universo que hay en el fondo de todo adamita, tal vez no quiso Dios poner un átomo de lo absoluto; pero en el corazón, dejó una infinita cantidad de sentimiento, inmensa. Por eso cuando el imperio de la inteligencia cede al serio impulso del sentir, la duda desaparece, porque fuera de nosotros, en el exterior, como imán divino de simpatía, hay algo que con impulso invencible nos arrastra á quererlo y adorarlo. ¡Oh! imán adorable y sugestivo de los ojos negros y adorables de una muchachita, y de los cabellos rizados, sedantes y también negros de esta misma ideal, encantadora muchacha. ¡Oh impulso divino que te reduces á lluvia copiosa de panteísmo místico, en el alma amada!..

Y el cronista que, profundamente, sinceramente, locamente enamorado ha sentido ese primaveral impulso del amor; el cronista que ha sabido todo él rendirse al alma ingénua purísima de una muchacha más delicada y grácil que *Ofelia*, más hermosa y cándida que *Margarita*, creyente ya, quiere hoy poner en estas líneas, que ella sin duda ha de leer, santas, castas y religiosas promesas de amor... Santa, casta y religiosamente lee estas líneas, Adela, que fueron escritas para tí.

Odiosos deben parecernos los hombres que en sus libros hablaron mal de la mujer. Hasta la misma infortunada heroína de la novela de Dumas, pobre enferma de impuro amor, Magdalena de nuevos tiempos debe movernos á lástima y á piedad. Y pobre de aquel, que, ante las páginas de aquella tristísima historia, no sepa depositar sincero y respetuoso la ofrenda de unas vivificantes lágrimas. El novelista romántico que la cuenta escribe, piadoso y humano: «Jesús era todo amor para esas almas heridas por las pasiones de los hombres, y á la célebre mujer del evangelio, á quien cantó Larning, la dice un día: *mucho se te perdonará porque has amado mucho.*» ¿Hemos de ser nosotros más rígidos que Jesús?